

## **CONRADO PELFORT**

(1883-1974)

**Fernando Mañé Garzón**

La Pediatría uruguaya se enluta con la desaparición de su Presidente de Honor, el Prof. Dr. Conrado Pelfort.

No es fácil sintetizar su vasta trayectoria científica iniciada a partir de su graduación en 1911, después de haber sido discípulo de Bosch, Brito Foresti, Etchepare, Isola, Lamas, Morquio, Navarro, Quintela, Ricaldoni, Scoseria, Serratosa, Soca, Visca, y otros profesores ilustres.

Fue Médico Ayudante del Servicio de Medicina de Niños del hospital "Pereira Rossell" (Servicio del Prof. Morquio), Médico-Jefe Titular de Policlínica Médica Infantil del mismo hospital, Médico-Jefe del Consultorio "Gota de Leche" Nº 5 y Médico-Jefe del Servicio "B" de Lactantes del hospital "Dr. Pedro Visca".

Por la Facultad de Medicina fue Jefe de Clínica de Niños del Servicio del Prof. Morquio, Jefe Honorario de Trabajos Prácticos de Materia Médica y Terapéutica (Prof. Rosselló), Asistente Honorario de Clínica de Niños (Profs. Morquio y Bonaba).

Además de integrar numerosas Comisiones y Tribunales de Concursos, era Miembro Correspondiente de la "Société de Pédiatrie de Paris", de la "Sociedad Chilena de Pediatría", de la "Sociedad de Pediatría y Puericultura del Guayas", Miembro Honorario de la "Sociedad Argentina de Pediatría" y de la "Sociedad de Pediatría y Puericultura del Paraguay", y Miembro Emérito de la "Academia Americana de Pediatría".

Miembro Fundador de la "Sociedad Uruguaya de Pediatría", laboró incesantemente por su engrandecimiento como Secretario General, Vicepresidente, Director de la Biblioteca "Morquio" y Presidente en diversas oportunidades, siendo últimamente designado Presidente de Honor.

Antiprotocolar y anticonvencional, como lo definiera Bonaba, ocultaba tras un semblante adusto un espíritu emotivo y sensible.

Gran conocedor de la naturaleza humana y del medio donde actuaba, su consejo, ecuánime y justiciero, contribuyó en muchas instancias a hallar solución a múltiples problemas profesionales, éticos y de todo tipo en los que tuvieron participación las entidades a las que perteneciera.

Dedicado a la causa del niño lisiado, motor en las últimas décadas de su vida, contribuyó grandemente al reconocimiento por parte de la comunidad, de la acción de la "Escuela de Recuperación del Niño Lisiado Franklin D. Roosevelt".

Aun con sus limitaciones físicas, se descontaba su presencia en el VI Congreso de la Asociación de Pediatras de las Naciones Latinas, realizado en octubre 10-12 de 1974, y el Comité Organizador le había enviado una cálida invitación a ese efecto. El destino no lo permitió y sobre su escritorio se halló el siguiente borrador de su respuesta en el que se perciben elementos premonitorios de su fin cercano:

*Montevideo, 2 de octubre de 1974*

*Sr. Presidente del Comité Organizador del VI Congreso de la Asociación de Pediatras de las Naciones Latinas, Prof. Dr. Ramón C. Negro. Casilla de Correo 2610, Distrito 2 - Montevideo.*

*De mi mayor consideración:*

*Me complace en acusar recibo a su nota del 3 de setiembre del corriente año, en la que se me informa que en mi calidad de Miembro de Honor del VI CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN DE PEDIATRAS DE LAS NACIONES LATINAS, se me invita a integrar el estrado que se constituirá en el Acto Inaugural, el día 10 del corriente a la hora 15.*

*Agradeciendo muy atentamente y aceptando la distinción que se me confiere, debo manifestarle que mi asistencia a tan importante acto queda supeditada al estado de mi salud en el instante señalado.*

*Altamente honrado por tan alta distinción y con mis más fervientes votos por el*

*mejor éxito del Congreso, saluda al Sr. Presidente y demás miembros del Comité Organizador, con su mayor consideración y estima,*

*Conrado Pelfort*

La separación de padres, hijos, amigos, es parte de la trama de la vida. Es dolorosa, pero en cierto modo nos temple y madura; eventualmente incorporamos rasgos de los desaparecidos, enriqueciéndonos en alguna forma. Los psicoterapeutas han observado desde hace tiempo que si se cumple el proceso psicológico del duelo, se liberan energías psíquicas hasta entonces desconocidas.

Agrupémonos, por tanto, en derredor de la Pediatría uruguaya, y aunemos esfuerzos para colocarla entre las mejores del continente, como le habría gustado a Pelfort.

-----

*Texto del discurso pronunciado en el acto del sepelio por el Prof. Dr. José M. Portillo*

Es el de hoy un día de duelo para la Pediatría uruguaya, lleno de dolor, aunque con resignación, por las circunstancias del acontecer de los hechos.

Se ha ido Pelfort pisando sus noventa años de vida, dejando sólo su recuerdo y ya no más su presencia física de lo que representó como figura legendaria de nuestra Pediatría durante tantos años.

No corresponde que frente a una personalidad tan conocida yo intente recordar su currículum vitae en forma protocolar y fría. Es mi deber en cambio, y lo hago con el mayor gusto, señalar algunas facetas de este "gran señor" que cumplió un ciclo completo, ejemplar y envidiable.

Fue ejemplo de honestidad, de trabajo, de modestia, de afecto. Fue un jefe de familia ejemplar.

Pelfort fue maestro y para ello no necesitó de títulos, porque tuvo alma y vocación de maestro. Y enseñó con el ejemplo, que es la mejor manera de enseñar. Enseñó cosas humanas como ser el sentido de responsabilidad, la conciencia profesional, el amor y el respeto por el prójimo y sobre todo cuanto más humilde y necesitado. Bajo su rostro, a veces hosco, supo esconder una afectividad colosal que no adoleció de renunciamientos siendo fiel e incondicional a todos sus amigos, discípulos y colaboradores que tanto le quisimos y aprendimos a valorar en el trajín del trabajo diario o en la intimidad de su cálido hogar.

Fue un gran pediatra, no sólo por su sólida preparación clínica y su interés por la investigación y la problemática social, sino también por ese gran amor que espontáneamente expresaba de continuo hacia el niño. Fue uno de los discípulos predilectos de Morquio, por quien mantuvo una justa veneración hasta sus últimos días de vida. Fue Pelfort la verdadera llama votiva de Morquio y lo fue, precisamente, porque fue un gran pediatra que supo aquilatar todas las condiciones de su maestro, el fundador de la Pediatría uruguaya.

Somos pocos los pediatras de mi generación que no tengamos que agradecerle algo a Pelfort. En lo que me es personal es mucho lo que le debo y entre ese mucho va mi formación pediátrica, van no pocas características personales que siempre he tratado de conservar y de superar, va el sentimiento del culto por la modestia, va el sentido de responsabilidad en el quehacer diario y en la organización de un Servicio clínico, va el buscar integrar una familia de trabajo con discípulos y colaboradores dando a cada uno su lugar de trabajo y el respeto que ha ido logrando obtener con el tiempo. Va también como la herencia de Pelfort el saber recordar permanentemente a quienes fueron nuestros maestros y se fueron antes que él, brindándonos amistad, calor humano y enseñanza médica.

La partida de Pelfort significa para nosotros el último vínculo vivencial con quienes fueron nuestros maestros y a quienes aprendimos a respetar y a estimar.

Con Pelfort se va una parte del viejo hospital "Dr. Pedro Visca". Aquél en que nos formáramos hace ya casi cuarenta años, cuando el Servicio de Puerta era atendido exclusivamente por un Practicante Interno y quien aprendía no como autodidacta sino porque siempre encontraba el apoyo técnico capaz y afectuoso de los Jefes de Servicio de entonces que hacían su contravisita al mejor estilo de un Adjunto o de un médico

de Posgrado de hoy en día. Y Pelfort entraba regularmente, mañana, tarde y noche a ese querido hospital, con su aspecto serio y que aparentaba de pocos amigos. Le llamábamos el Kaiser, pero a diferencia del auténtico personaje sólo tenía de éste la apariencia externa y pronto, en cambio, se hacía querer y respetar. Era la época de las enfermeras auténticamente vocacionales para quienes el prodigarse no era un mérito sino que ello formaba parte de la función.

Así fue como enseñó Pelfort, con trabajo, con tesón, con modestia, con generosidad, con espíritu de colaboración. Y su Servicio del hospital "Dr. Pedro Visca" fue modelo de organización y de asistencia. Allí había historias perfectas, escritas a máquina, con un seguimiento también perfecto y correctamente cerradas. Allí había que atender 600 lactantes, y para el desempeño de dicha tarea sólo éramos el Jefe de Servicio, el Médico Ayudante y el Practicante Interno. El fichero patológico funcionaba a la perfección, a pesar de que no se disponía siquiera de una unidad administrativa. Y todo eso lo aprendimos muy bien con Pelfort.

Pero Pelfort tuvo un tercer gran amor dentro de la Pediatría (los dos anteriores fueron Morquio y su Servicio del hospital "Dr. Pedro Visca"). Y ese tercer gran amor fue la Sociedad Uruguaya de Pediatría. Integrante de sus autoridades en reiteradas oportunidades fue Pelfort su miembro más conspicuo. Probablemente no hay ningún socio de nuestra sociedad que haya tenido una asistencia tan regular a todas las reuniones, científicas o de otra índole, así como a las de Comisiones. Fuera de su numerosa producción científica siempre su opinión fue valorable y valorada en cada oportunidad de presentación de trabajos científicos. Pero tuvo además Pelfort la valentía de tomar la dirección de Archivos de Pediatría del Uruguay, de los que fue un magnífico conductor haciendo de la revista la más seria del país, no sólo por la calidad de su producción sino también por la regularidad de su aparición. El día 19 de cada mes la Revista era distribuida y sólo Pelfort era el responsable de tanta maravilla.

Dentro de la sociedad fue uno de los grandes entusiastas de las cenas anuales de camaradería. Su entusiasmo era tal que en una oportunidad ocurrió que aunque sólo él y Carrau eran los comensales, la cena se realizó igual que de costumbre.

Tuvo Pelfort el gran mérito de saberse retirar a tiempo para no restarle a los demás las posibilidades de ascenso. Yo diría que lo hizo demasiado precozmente y que hubiera sido saludable su permanencia por más tiempo en el Servicio "B" del hospital "Dr. Pedro Visca". Pero al retirarse del hospital tuvo también la sabiduría de continuar en actividad y gracias a él la revista se continuó viendo beneficiada durante mucho tiempo antes de su retiro definitivo.

Pelfort fue consecuente con sus amigos y discípulos, y muy respetuoso de aquellos que sin serlo le merecían su respeto por sus condiciones personales. Cabe señalar a este respecto todo el esfuerzo que volcó para la buena administración del Premio Rodríguez-Saldún aprovechando así para venerar el recuerdo de aquella gran figura, discípula y entrañable amiga, fundadora de dicho Premio y que fuera María Luisa Saldún de Rodríguez.

El tiempo transcurre inexorablemente y de a poco nos va llevando a nuestros seres más queridos. Ahora nos toca despedir a Pelfort, que se inscribe en esta desgraciada lista de distinguidos pediatras que nos han ido dejando en los últimos años. No hace mucho tuve oportunidad de charlar con él en la intimidad de su hogar y confieso que salí apenado de aquella visita en que pude observar aquel gran anciano, lúcido como el más joven con una inteligencia perfecta, pero consciente de sus grandes limitaciones físicas, propias de su edad, así como de la soledad de la senectud en que se desea, con naturalidad y serenidad, que llegue el día de la muerte.

Pelfort cumplió su ciclo y ello hace que su desaparición, a pesar de todo lo que nos duele, la tomemos con la resignación a que nos obliga el hecho natural de su muerte.

Felices quienes, como Pelfort, desaparecen sólo físicamente, pero perduran integrados dentro de nosotros mismos a través de todo lo que nos legaron con una personalidad tan extraordinaria y tan llena de calor humano.

Por todo lo que ello significa, repito, Pelfort fue un "gran Señor".

En nombre del Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura, que tanto debe a la figura de Pelfort, así como del Comité Administrador del Premio Rodríguez-Saldún, cumpla con la penosa pero honrosa misión de despedir los restos de Profesor Ad Honorem Dr. Conrado Pelfort.

*Palabras pronunciadas en el acto del sepelio por el Prof. Dr. Fernando Mañé Garzón*

En nombre de la Sociedad Uruguaya de Pediatría tomamos hoy la palabra para despedir al que fuera su Presidente de Honor: el Doctor Conrado Pelfort.

La muerte lo sorprende en una serena ancianidad, en el uso de todas sus facultades y rodeado del afecto de todos.

Si cabe una definición, describir en síntesis la obra, la larga y fecunda obra de Pelfort, diríamos que ella fue impulsar y promover la medicina infantil en el Uruguay. A ello dedicó su vida, su capacidad y su tenacidad.

Esta obra, de la cual somos todos herederos, es una fecunda realidad concretada día a día para todos aquellos que bajo aspectos muy variados, cultivamos la pediatría.

Pelfort creó con su noble visión de médico, la tradición pediátrica nacional y la continuidad en el esfuerzo permanente para su desarrollo.

Morquio fue su maestro. Supo captar en él, y más que nadie, lo que había de permanente en esa personalidad vigorosa. Así cimentó una tradición pediátrica nacional sobre la base sólida y completa de un verdadero creador, de un verdadero maestro.

Es en esa pureza de concepción intelectual que nos legó a su vez la imagen del maestro, al cual nos enseñó a respetar, a conocer y a difundir. Con cuidadoso esmero, con conmovedor cariño, fue recogiendo las enseñanzas, el ejemplo, las investigaciones de Morquio, hasta transformarlas en algo vivo y pujante, algo que al vivir entre nosotros sirvió de nexo sólido y fuerte, que a través de los años nos liga en un sentir común de decidida vocación y de afán creativo.

Con el culto de Morquio nos dio Pelfort no sólo lo que muchos han visto: el hecho concreto de un arquetipo, sino el fecundo camino que conduce al conocimiento, a la ciencia, a través de la enseñanza de hombres que vuelcan su sabiduría y su talento en el acto más superior y humano de la ciencia: la transmisión directa con la palabra, el gesto y el afecto de ese conocimiento.

En el trayecto de ese camino, otros continuaron ese ministerio superior recogiendo del pasado las enseñanzas cálidamente vividas, transformándolas y enriqueciéndolas con los aportes originales de cada una de sus personalidades y para brindarla nuevamente en renovada palabra, en renovado gesto y en renovado afecto.

A la creación de una tradición médica que nos sentimos orgullosos de pertenecer, Pelfort como tesonero artífice le dio una culminación sin la cual esa tradición, esa transmisión cultural hubiera podido disgregarse hasta perderse en esfuerzos individuales.

La Sociedad Uruguaya de Pediatría es, también, su obra.

Desde su creación en 1915, cuyos pormenores se complacía siempre en recordar, hasta ayer no más, fue su constante inquietud, su constante preocupación.

Más que Presidente de Honor, era el vigilante de hecho. Ante cualquier omisión, cualquier retraso en sus cometidos, todos teníamos presente su figura respetada, para contraernos al trabajo, para proseguir la obra.

Sesiones de la directiva, asambleas, congresos, reuniones científicas, contaron siempre con su entusiasmo y su afán de continuidad imposterables.

Los Archivos de Pediatría del Uruguay, que cursan este año su volumen número 45, son una concreción material de su obra, siendo en el momento actual la revista médica de más larga continuidad de Sudamérica.

Esa revista que dirigió personalmente hasta hace pocos años y de la que aún vigilaba su aparición, atesorando el esfuerzo de todos en la medicina del niño, culminó el gran esfuerzo de toda su vida.

La Pediatría impulsada por la creación de una depurada tradición científica y asegurada en una continuidad de trabajo permanente y creativo:

¿No es esta una obra que define a un hombre superior?